



El Arzobispo
de Santiago de Compostela

CARTA PASTORAL EN EL OCTAVARIO POR LA UNIDAD DE LOS CRISTIANOS 2007 “Hace oír a los sordos y hablar a los mudos” (Mc 7, 37)

Queridos diocesanos:

Los discípulos de Cristo hemos de asumir como prioridad pastoral intensificar los esfuerzos por la unidad plena y visible de la Iglesia, orando sin cesar, pues la oración es auténtica apertura al Espíritu de la verdad y del amor.

El texto bíblico (Mc 1,31-37), base para nuestra reflexión en este año 2007, ha sido elegido por las comunidades cristianas de la región de Umlazi, en Sudáfrica, que después de las dolorosas consecuencias del apartheid, están sufriendo otra dramática enfermedad como es el Sida. En esta perspectiva comprendemos mejor la elección de este texto y los objetivos propuestos, “por una parte, orar por la unidad de los cristianos y buscarla juntos; por otra, unir nuestras fuerzas para responder a los sufrimientos humanos. Estas dos responsabilidades están estrechamente vinculadas”.

Las heridas del Cuerpo de Cristo

Jesús en el Cenáculo ruega por todos los creyentes: “Pero no ruego sólo por éstos, sino por cuantos crean en mí por su palabra, para que todos sean uno, como tú, Padre, estás en mí y yo en ti, para que también ellos sean en nosotros y el mundo crea que tu me has enviado” (Jn 17, 20-21). La unidad de los cristianos es un don comunicado en Cristo a su única Iglesia y en íntima relación con el Dios trinitario (cf. Jn 17,21-24; Ef 2,16-18; 4, 2-6), bajo la guía del Espíritu “verdadero intérprete de la voluntad de Cristo para su Iglesia en cada momento histórico”. Es, pues, gracia que hay que acoger y no simple resultado de la confluencia de voluntades concordes. Es un don otorgado por Dios a la Iglesia que debemos vivirlo en una misma fe, esperanza y amor, y hacerlo visible como signo de credibilidad del Evangelio que predicamos pues “nosotros, siendo muchos, somos un solo cuerpo en Cristo, pero cada miembro está al servicio de los otros miembros” (Rom 12,5). Son muy esclarecedoras las palabras del Papa Benedicto XVI cuando dice: “Nos queda claro que el mundo necesita una nueva evangelización, una conciencia renovada por parte de los cristianos de la esperanza de la que son depositarios (cf. 1Pe 3,15). Sin embargo, los que profesan que Jesucristo es el Señor, están divididos trágicamente y no pueden dar siempre un sólido testimonio común. Todos tenemos una enorme responsabilidad en este sentido”¹. El tejido eclesial de la vivencia histórica de la unidad de los cristianos ha sufrido heridas muy profundas. Tomar conciencia del dolor de las mismas es ya gracia e inicio de conversión para dejarnos curar por Cristo pues “el compromiso de la Iglesia católica por buscar la unidad entre los cristianos es irreversible”.

¹ BENEDICTO XVI, *Discurso a los participantes en la reunión de las comuniones cristianas mundiales*, 27-10-2006.



El Arzobispo
de Santiago de Compostela

La actuación del Espíritu

La Iglesia, cuerpo de Cristo sufre los efectos del pecado, pero el Espíritu actúa en nosotros -y en toda la creación- como fuerza vivificante, transformadora y liberadora. En medio de nuestra debilidad el Espíritu viene en nuestra ayuda y aunque no sabemos pedir lo que nos conviene, intercede por nosotros con gemidos inenarrables (cf. Rom 8-26). Si dejamos que la Palabra de Dios nos interpele y, en oración confiada, permitimos que el Señor cure nuestras sorderas; si acogemos en nuestro interior el Espíritu de Cristo que vivifica a la Iglesia y acrecienta su unidad; si escuchamos los gritos de las personas afectadas por los diferentes sufrimientos; si estamos dispuestos a ser buenos samaritanos que cuidan con sus propias manos al malherido en los caminos de la vida; y si esto lo hacemos unidos todos los cristianos, el anuncio del mensaje de Cristo Jesús tendrá un mayor eco y una mejor acogida.

Trabajar y orar sin desánimo

En medio de las lógicos problemas “por muy difícil que sea el camino, no debemos perder de vista el objetivo final: la plena comunión visible en Cristo y en la Iglesia”, manifestaba el Papa Benedicto XVI. Sólo una Iglesia en íntima unión con Cristo y con las realidades humanas, que asume como propias las profundas aspiraciones de las personas y pueblos, sobre todo de los más pobres y sin voz, será escuchada y creída (cf GS 1.32). Recordemos el reciente encuentro entre el Papa Benedicto XVI y el Patriarca Bartolomé I, un referente en las relaciones ecuménicas que sin duda tendrá el fruto eclesial deseado y contribuirá a acrecentar la comunión entre católicos y ortodoxos.

“Crear en Cristo significa querer la unidad; querer la unidad significa querer la Iglesia; querer la Iglesia significa querer la comunión de gracia que corresponde al designio del Padre desde toda la eternidad”. Viviendo la actitud obediencial de Cristo a la voluntad del Padre y respondiendo a la llamada a la santidad, encontramos el mejor puente para revitalizar las relaciones ecuménicas en sus diversas dimensiones. “Lo que siempre hay que promover ante todo es el ecumenismo del amor, que deriva directamente del mandamiento nuevo que dejó Jesús a sus discípulos. El amor, acompañado de gestos coherentes, crea confianza, hace que se abran los corazones y los ojos. El diálogo de la caridad, por su naturaleza, promueve e ilumina el diálogo de la verdad, pues es en la plena verdad donde se realizará el encuentro definitivo al que conduce el Espíritu de Cristo”².

Os saluda y bendice con todo afecto en el Señor,

+Julián Barrio Barrio,
Arzobispo de Santiago de Compostela

² BENEDICTO XVI, *Discurso al Consejo Pontificio para la promoción de la unidad de los cristianos*, 17-11-06.